

acción y palabra en las confesiones bíblicas de fe

Desde hace siglos, los cristianos confesamos todos los domingos nuestra fe recitando el Credo. Para muchos es probable que esta sea la única ocasión en que lo hacen expresamente a lo largo de la semana. Otros pensarán que es la única forma posible de confesar su fe. En este artículo intentaremos ampliar las perspectivas, centrándonos en dos puntos: ¿cómo podemos confesar nuestra fe? ¿qué debemos confesar?

El punto de partida será el Antiguo Testamento, sin excluir algunas referencias al Nuevo. Y al decir esto, conviene indicar desde ahora una de las limitaciones de este artículo. El estudio de las confesiones de fe en la Biblia debería comenzar con un análisis de los términos técnicos y las fórmulas empleadas en hebreo y griego para expresarlas. Este trabajo previo no sería excesivamente difícil ya que existe una amplia bibliografía sobre el tema (1); pero se prestaría a demasiados tecnicismos, que pue-

den desanimar a muchos lectores. Por consiguiente, no entraremos en este punto, limitándonos a indicar algunos datos que consideramos de interés.

En primer lugar, la Biblia no ofrece unas confesiones de fe tan claras y estructuradas como nuestro Credo o las confesiones de ciertos Concilios (por ejemplo, el de Calcedonia). Ni siquiera los "credos históricos", que consideraremos más adelante, llegaron a esta perfección.

En segundo lugar, dentro de la misma Biblia se advierte una diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En el Nuevo existen dos términos técnicos (homologéo y martyréo), que pueden servir de núcleo para estudiar el tema. En el Antiguo existe menos unidad terminológica y, por consiguiente, mayor dificultad de análisis y síntesis (baste indicar que el verbo griego "homologéo" traduce en los LXX tres verbos distintos: ydh, ndr, šb').

Por último, a las dos acepciones del verbo castellano "confesar" (confesar la fe, confesar los pecados) se une en hebreo una tercera: "alabar" o "exaltar". Esta diversidad de matices impone un análisis detenido de cada texto para descubrir cuándo nos encontramos ante una auténtica confesión de fe.

Por otra parte, si nos dejamos guiar exclusivamente por los términos técnicos (peligro en el que es fácil incurrir cuando se hace un uso superficial de las "concordancias"), perderemos de vista algunas confesiones de fe no sólo magníficas, sino clásicas. Baste pensar en las palabras de Pedro: "Tú eres el Cristo, el hijo del Dios vivo". Aquí no encontramos el verbo confesar, ni un "yo creo"; pero nadie dudará que nos encontramos ante una auténtica profesión de fe en la mesianidad de Jesús. Lo mismo ocurre, con bastante frecuencia, en el Antiguo Testamento.

Con estas salvedades, podemos pasar al tema que nos ocupa.

I. LA FE CONFESADA EN LA ACCION

Escribiendo a los cristianos de Roma dice Pablo: "Si *confiesas con tu boca* que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos serás salvo. Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia, y *con la boca se confiesa* para conseguir la salvación" (Rom 10,9-10).

Una interpretación ligera de este texto (por ejemplo, no teniendo en cuenta que Pablo se basa para hacer esta afirmación en un texto del Eclesiástico donde sólo se habla de la boca y del corazón), podría llevar a la conclusión de que para confesar la propia fe es imprescindible la formulación verbal.

Pero ¿es esencial la palabra para que exista una confesión de fe? La respuesta depende de lo que entendamos por fe. Quien la interprete como un conjunto de ideas sólo podrá confesarla a través de las palabras. Pero si por fe se entiende no sólo un sistema de verdades, sino una vivencia profunda que compromete toda la vida, no hay dificultad en admitir que esa fe puede declararse a través de la acción, sin necesidad expresa de palabras. Con razón escribe C. A. Scott: "Confesar es reconocer *de palabra o con obras* la existencia y autoridad de un poder divino..." (2). Aunque la definición me resulta bastante pobre en cuanto a su contenido, la considero acertada en lo que dice sobre las dos formas posibles de confesar.

Esta idea encaja perfectamente en la mentalidad del Antiguo Testamento. Es curioso, por ejemplo, que Isaías, uno de los grandes teólogos veterotestamentarios de la fe, nunca exige la confesión verbal de las verdades, sino la confesión a través de una actitud práctica. Un ejemplo ayudará a aclararlo.

El año 734 a. C. el reino de Judá atravesó unos momentos muy difíciles. El rey de Damasco (Resín) y el de Israel (Pecaj) necesitaban un aliado en su lucha contra Tiglatpileser III de Asiria. Intentan ganarse el apoyo de Acáz de Judá; pero, ante la negativa de éste, deciden conquistar Jerusalén y poner un nuevo rey que esté dispuesto a ayudarles. A los ojos del historiador se trata de un problema puramente político. Pero a los ojos de Isaías, que vive de cerca los acontecimientos, lo que se dilucida es un problema de fe. Están en juego dos verdades fundamentales para la teología del reino de Judá: la elección divina de Jerusalén, que le garantiza la protec-

ción de Dios y la inviolabilidad frente a los enemigos (3), y la elección de la dinastía dividida, tal como se expresa en la profecía de Natán (2 Sam 7). Un hombre de fe, como Isaías, cree que Dios protegerá a la capital y salvará al descendiente de David. El increíble sólo tiene en cuenta la amenaza que suponen los dos ejércitos enemigos, "y su corazón se agita como se agitan los árboles del bosque con el viento" (Is 7,2).

En este momento decisivo la salvación radica en la fe: "si no creéis no subsistiréis" (7,9). Pero esta fe no ha de confesarse con palabras, sino con obras, o mejor aún, con una actitud práctica: "vigilancia y calma" (7,4). Comentando este pasaje ha escrito von Rad: "Isaías llama fe a dejar sitio a la actuación de Dios y renunciar a salvarse a sí mismo" (4). Con este presupuesto se comprende que es más normal "dejar sitio a Dios" y "renunciar a salvarse a sí mismo" con las obras que con las palabras.

El libro de Josué ofrece un ejemplo muy distinto a primera vista, pero bastante parecido en el fondo. Cuando los hombres de Rubén, Gad y media tribu de Manasés vuelven a su territorio transjordánico después de la conquista de Palestina (5) lo hacen impresionados de la ayuda que les ha prestado Yahweh en esta empresa. Desean confesar de modo solemne y público que Yahweh es su Dios. Pero no organizan una gran asamblea, como la posterior de Siquem (Jos 24). Tras cruzar el río "levantaron allí un altar junto al Jordán, un altar grande, bien visible" (v. 10). Y le ponen por nombre "Altar del testimonio" (6), explicando: "Nos servirá de testimonio de que Yahweh es Dios" (v. 34). Indudablemente, la acción en sí misma es ambigua, y si no fuese

por el v. 34 podríamos interpretar la construcción del altar de forma distinta; pero lo importante no es nuestra interpretación, sino la mentalidad que refleja este hecho: el israelita piensa que puede confesar su fe a través de la acción.

En ciertas ocasiones resulta difícil advertir una confesión de fe en determinadas acciones, o se entrevé, pero sin que podamos captar claramente su contenido. Es preciso tener en cuenta diversos factores. Como ejemplo podemos citar el traslado del Arca a Jerusalén, realizado por David años después de la conquista de esta ciudad. El Arca es el signo visible de la presencia de Dios, y, aunque no le concedamos el papel que le atribuye la teoría anfictionica, difícilmente podemos supervalorar su importancia para los antiguos israelitas. El traslado del Arca se presta a numerosas interpretaciones: tiene sin duda un matiz político, ya que sanciona la capitalidad de Jerusalén y la autoridad de David. Pero, como indica Vriezen, el sentido principal de este hecho radica en que "se constituye a Yahweh como el solo y único Dios del nuevo estado de Israel" (7). El capítulo que relata este acontecimiento (2 Sam 6) no contiene ninguna confesión de fe en Yahweh; pero la acción del rey sustituye válidamente a todas las palabras.

Resulta imposible enumerar todos los casos del Antiguo Testamento en que un individuo o un grupo confiesa su fe sin palabras, basándose sólo en la actuación. Cuando Abraham madruga, ensilla el asno y se encamina con Isaac y dos criados al lugar que le ha indicado Dios está confesando silenciosamente que Dios tiene poder sobre la vida y puede exigirla si lo desea (Gen 22). Cuando Gedeón despidió a los soldados israelitas,

reteniendo sólo a trescientos para la lucha con Madián (8), confiesa su fe en la ayuda divina (Jue 7,1-8). Cuando Elías, en el monte Carmelo, manda derramar por tres veces cuatro cántaros de agua sobre la víctima y la leña, confiesa su fe en la divinidad y el poder de Yahweh (1 Re 18).

En definitiva, el Antiguo Testamento es una continua confesión tácita de fe. La fe manifestada y declarada al nivel de la acción. Así lo entendió el autor de la Carta a los Hebreos, en su famoso capítulo once. Los personajes que presenta (Abel, Henoc, Abraham, Sara etc.) atraviesan el escenario de la historia confesando su fe no con palabras, sino con obras: no recitan ante el público los famosos "credos históricos" o alguna de las fórmulas breves que luego estudiaremos; se limitan a actuar. Noé confiesa su fe construyendo el arca; Abraham, saliendo de su tierra sin saber a dónde va, habitando en tiendas, ofreciendo a Isaac; Isaac, bendiciendo a Esaú y Jacob; Moisés, saliendo de Egipto...

En el Nuevo Testamento podríamos encontrar casos semejantes. Pero nos contentaremos con hacer referencia al más importante de todos, el del mismo Cristo, "que hizo una solemne confesión ante Poncio Pilato" (1 Tim 6,13). Probablemente, el texto se refiere a la proclamación que hizo de su realeza mesiánica y de su carácter de revelador de la verdad. Una confesión hecha con palabras. Pero no olvidemos que, bajo Poncio Pilato, Jesús confesó también, y esta vez sólo con obras, que el Siervo de Dios debía sufrir, padecer y morir. No tiene nada de extraño que el verbo "martyréo", que significaba "confesar", "dar testimonio", adquiriese más tarde el sentido de "sufrir el martirio"; son aspectos que no se excluyen. Cuando toda

la vida se entrega al servicio de Dios, cuando la acción llega a su punto culminante en la "pasión", es cuando se confiesa y testimonia más plenamente la fe en Dios.

En cierto sentido, el contenido de estas confesiones de fe a través de la acción es más impreciso o ambiguo. A veces no responden a ninguno de los grandes artículos de fe del Antiguo o del Nuevo Testamento. Pero es un contenido mucho más vital y variado; reflejan las implicaciones más hondas de la propia fe, "el credo que ha dado sentido a mi vida". Desde este punto de vista tienen un carácter enormemente rico y aleccionador.

II. LA FE CONFESADA EN PALABRAS

Decíamos antes que la historia bíblica es, en gran parte, una confesión tácita de fe. Naturalmente, hay también momentos en los que el hombre israelita necesita confesar su fe con palabras. En estos casos resulta más fácil captar el contenido, advertir el "artículo de fe" al que se refieren los textos. No se trata de hacer un catálogo exhaustivo, ni podemos citar todos los textos que podrían interesarnos. Por eso, me limitaré a tres puntos que, después de analizar los textos, me parecen de mayor interés: las confesiones de fe referentes a la divinidad de Yahweh, las referentes a la historia de la salvación y las referentes a la presencia de Dios en medio de su pueblo.

1. La divinidad de Yahweh

Antes de abordar este punto se impone una advertencia previa. Incluimos aquí las confesiones que admiten que Yahweh es Dios, aunque no sean expresamente mono-

teistas. Hoy día resulta claro que el camino hacia el monoteísmo fue mucho más largo y difícil de lo que a veces se imaginaba. Durante muchos años, para Israel el dogma fundamental no era la existencia de un solo Dios, sino el hecho de que Yahweh era realmente Dios. Y esto lo confesó repetidamente.

Resulta curioso que varias de estas confesiones se encuentran en boca de extranjeros, algunos de los cuales probablemente nunca abrazaron la fe yahwista. Cuando Jetro, suegro de Moisés, se entera de la liberación de Egipto sale al encuentro de éste y, después de escuchar el relato de todo lo sucedido, exclama (9): "Bendito sea Yahweh, que os libró del poder de los egipcios y del faraón; *ahora reconozco que Yahweh es más grandes que todos los dioses...*" (Ex 18,10). Esta frase se mueve en un ambiente claramente politeísta; pero dentro de la pluralidad de dioses sitúa a Yahweh por encima de todos ellos. Resulta imposible saber si estas palabras fueron pronunciadas por el sacerdote de Madián tal como las conserva el texto; en cualquier caso reflejan una mentalidad perfectamente comprensible en un personaje no israelita, e incluso dentro del Israel monárquico, cuando aún no se ha impuesto el monoteísmo (10).

Más tarde, cuando los israelitas atraviesan el Jordán, envían espías a Jericó, que entran en contacto con Rajab. Esta, después de ocultarlos, sube a la azotea y les dice: "Sé que Yahweh os ha entregado el país... hemos oído que Yahweh secó el agua del Mar Rojo ante vosotros cuando os sacó de Egipto...; al oírlo nos descorazonamos, y todo hemos quedado sin aliento ante vosotros, porque *Yahweh, vuestro Dios, es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra*" (Jos 2, 9-11). Las palabras subra-

yadas son muy parecidas a las de un texto tardío del Deuteronomio: "Así has de reconocer hoy y recordar que Yahweh es (el) Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y que no hay otro" (Dt 4,39). Existen dos importantes diferencias: en el texto del Dt, Dios está con artículo (ha'elohim), lo que da un matiz monoteísta a esta confesión (von Rad traduce: "der (einzige) Gott"), matiz que falta en las palabras de Rajab; por otra parte, el Dt insiste en este aspecto monoteísta al añadir las palabras "no hay otro" ('ên 'od), ausentes en la profesión de fe de Rajab.

Sin embargo, a pesar de las diferencias, Rajab confiesa abiertamente la divinidad de Yahweh y su poder en cielo y tierra. También aquí resulta imposible saber si ella pronunció estas palabras (11), pero creo que éste es un punto muy secundario.

El caso del sirio Naamán representa un paso adelante en estas confesiones de fe hechas por extranjeros. Sus palabras después de quedar curado de la lepra son una clara confesión de monoteísmo: "Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que en Israel" (2 Re 5,15). Ya no se establece una comparación, como en el caso de Jetro, ni se afirma simplemente la divinidad de Yahweh o su poder. Ahora se constata con toda claridad que sólo en Israel hay dios. Esta confesión no es tan perfecta como podríamos imaginar a primera vista, ya que deja a los restantes pueblos sumidos en las tinieblas religiosas (12). Pero, a pesar de todo, representa un gran avance en la confesión de un solo Dios.

Por importantes que sean estas confesiones de extranjeros nos interesan más las que aparecen en boca de los israelitas. Dos de ellas

tienen lugar en momentos críticos de la historia religiosa de Israel.

La primera, durante la gran asamblea de Siquem. Resulta difícil saber lo que ocurrió realmente allí. El autor del capítulo (Jos 24) piensa en una gran concentración de todas las tribus de Israel. Pero este dato es muy discutible y la mayoría de los autores actuales lo rechazan. Entre las numerosas interpretaciones existentes, la más acertada según pienso es la de R. de Vaux: Josué se dirige a un grupo que todavía no había aceptado a Yahweh como su dios (13). Su respuesta (v. 16-18) es demasiado larga y está llena de reminiscencias del Éxodo y del Deuteronomio. Evidentemente, el redactor ha embellecido una tradición antigua; pero ésta contenía la frase que más nos interesa: "También nosotros queremos servir a Yahweh; él es nuestro Dios".

Pero la confesión más impresionante de la divinidad de Yahweh es la que tiene lugar en el monte Carmelo. Son años difíciles para la religión de Israel; la fe en Yahweh se ha mezclado con la fe en Baal, dios cananeo que asegura las lluvias, las estaciones propicias, la fecundidad de la tierra y las buenas cosechas. El pueblo, que vive en una cultura agraria, no sabe resistir a la tentación. El sincretismo se difunde por todas partes, y casi nadie se extraña de dar culto a dos dioses; en palabras de Elías, el pueblo se apoya en dos muletas; pero esto es inadmisibles, porque sólo uno de ellos es el Dios verdadero. Tiene lugar entonces el conocido episodio del sacrificio. Tras el fracaso de los sacerdotes de Baal, que no consiguen que descienda fuego del cielo, Elías invoca a Yahweh: "Que se vea hoy que tú, Yahweh, eres el Dios de Israel... Respóndeme, Yahweh, respóndeme, para que este pueblo

sepa que tú, Yahweh, eres el Dios verdadero". Cuando el profeta termina su oración, "Yahweh envió un rayo que abrasó la víctima, la leña, las piedras y el polvo, y secó el agua de la zanja. Al verlo, cayeron todos exclamando: ¡Yahweh es el Dios verdadero! ¡Yahweh es el Dios verdadero!" (1 Re 18, 36-39).

Esta confesión de la divinidad de Yahweh se encuentra, como ya dije, en numerosas ocasiones. Antes veíamos el ejemplo de las tribus transjordanicas (Jos 22, 34). David la confiesa en su oración después de escuchar la profecía de Natán ("mi Señor, tú eres el Dios verdadero"; 2 Sam 7,28); Salomón durante la ceremonia de consagración del templo ("así sabrán todas las naciones del mundo que Yahweh es el Dios verdadero, y no hay otro": 1 Re 8,60); Ezequías cuando lee la carta de Senaquerib que le obliga a rendirse ("Yahweh Dios de Israel... tú sólo eres el Dios de todos los reinos del mundo": 2 Re 19,15); Manasés cuando vuelve a Jerusalén, después de estar prisionero en Babilonia ("entonces reconoció Manasés que Yahweh es el Dios verdadero": 2 Cro 33,13); Nehemías, al comienzo de la liturgia penitencial, con unas palabras ("Tú, Yahweh, eres el único": Neh 9,6) que, si no en su formulación, sí en el contenido, recuerdan a la gran confesión de Dt 6,4.

En el fondo, esta confesión de fe se repite siempre que se aplica a Yahweh el título de "Dios de Israel", o los de "tu Dios", "nuestro Dios", etc., tan frecuentes en el Antiguo Testamento. Sería interesante estudiar este tema en el Nuevo, cuando la afirmación "Yahweh es Dios" se transforma en "Cristo es el Señor". No me detengo en este punto porque sobre él existe en castellano un interesante artículo

de Oscar Cullmann (14). Pero deseo indicar que la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo ("Tú eres el Cristo, el hijo del Dios vivo") se asemeja mucho a las que encontramos en el Antiguo Testamento; y sus palabras en Cafarnaum, cuando el discurso del "pan de vida" provoca una fuerte crisis entre los seguidores de Jesús, tiene el mismo carácter programático que el episodio del Carmelo ("nosotros sabemos y creemos que tú eres el Santo de Dios": Jn 6,69).

2. La historia de la salvación

Junto a la confesión de la divinidad de Yahweh es frecuente entre los israelitas confesar las acciones salvíficas del pasado, que abarcan principalmente los comienzos de la historia del pueblo.

A veces encontramos la confesión de un hecho aislado. Por ejemplo, la liberación de Egipto es uno de los artículos de fe más importantes y, como decía Noth, una de las "confesiones primitivas de Israel" (15). No nos referimos ahora a la importancia de este tema dentro de las diversas corrientes y libros del Antiguo Testamento, sino a los instantes en los que se vuelve la mirada al pasado para confesar expresamente que éste es uno de los grandes hechos salvíficos de Dios. Así ocurre en las palabras de Gedeón (Jue 6,13), en la oración de David (2 Sam 7,23), en el discurso de Samuel (1 Sam 12, 6.8), en la oración de Salomón (1 Re 8,51.53); e incluso en boca de extranjeros aparece esta confesión como ocurre con Rajab (Jos 2,10), los gabaonitas (Jos 9,9) o los filisteos (1 Sam 4,8).

Otras veces se confiesa la manifestación de Dios en el Sinaí y su relación con este monte santo. Por ejemplo, en dos textos que consideramos muy antiguos (16): el

canto de Débora (Jue 5,5) y las bendiciones de Moisés (Dt 33,2). En estos textos no se relaciona el episodio del Sinaí con ninguno de los hechos anteriores o posteriores; se confiesa por sí mismo (17).

Algo parecido ocurre con la creación. Fue un proceso muy largo el que llevó a Israel a considerar la creación no como simple acción física de Dios, sino como obra salvífica. Pero este punto no nos interesa ahora (18). Lo importante es que Israel confesó desde antiguo su fe en el Dios creador, sin relacionarla necesariamente con otras acciones histórico-salvíficas. Uno de los ejemplos más claros son las palabras de Abimelec y Abraham en Gen 14: "Bendito sea Abraham del Dios Altísimo, creador de cielo y tierra" (v. 19); "alzo mi mano ante Yahweh, Dios Altísimo creador de cielo y tierra" (v. 22). Carece de importancia el que este texto sea tardío, ya que refleja la misma fe contenida en pasajes antiguos, como el relato yahwista de la creación (Gen 2,4b-25) o el salmo 104. En cuanto a los textos recientes, no cabe duda de que en algunos de ellos la creación llegó a convertirse en un artículo de fe independiente. Como indica von Rad, en la literatura sapiencial es "un fundamento absoluto de la fe y, si se habla de ella, es por su propia importancia y no en atención a otros contenidos de fe" (19).

Otras acciones salvíficas pasadas que encontramos confesadas aisladamente son la elección de Jerusalén y la de la dinastía davídica. Constituyen el tema de los salmos de Sión y de los salmos reales, aparte de otros muchos textos enraizados en las tradiciones del reino sur.

Sin embargo, lo normal de Israel no es confesar aisladamente los hechos salvíficos, por muy importantes que sean. Cada uno de ellos

arrastraba tras sí otro complementario: por ejemplo, la salida de Egipto, que no era una salida hacia el vacío y la nada, implica la entrada en tierra de Canaán; el tiempo intermedio entre estos dos hechos hacía pensar en la protección divina durante los años de marcha por el desierto; la existencia del pueblo obligaba a reflexionar sobre sus orígenes, y llevaba a la elección de los patriarcas (20).

Por consiguiente, no tiene nada de extraño que junto a la confesión de hechos salvíficos aislados encontremos un amplio período histórico convertido en objeto de la fe. Es lo que von Rad ha llamado, a propósito de Dt 26, 5-9, "credo histórico"; puede que el término sea discutible (21), y más todavía la antigüedad atribuída por von Rad a este texto (22). Pero no cabe duda de que Israel unió desde antiguo diversos acontecimientos para confesar su fe en la acción salvífica de Dios a lo largo de la historia.

No vamos a detenernos ahora en un estudio pormenorizado de esos textos. Nos limitaremos a hacer referencia de ellos, indicando los datos de mayor interés.

Dt 26, 5-9: von Rad lo considera un "credo" histórico porque falta toda referencia a revelaciones enseñanzas o aplicaciones morales. Celebra la acción de Dios con los patriarcas (concretamente Jacob, el "arameo errante"), en Egipto (opresión-liberación) y la entrada en la tierra prometida. Con ello queda delimitado lo que podríamos llamar "período clásico" de la historia de la salvación: el que va desde los patriarcas hasta la entrada en la tierra.

Jos 24, 2-13: a primera vista parece muy distinto del anterior. Es mucho más detallado. Mientras Dt 26 no nombra a ningún personaje

concreto, Jos 24 habla de Teraj, Abraham, Isaac, Jacob, Esaú, Moisés, Aarón y Balac. Los datos geográficos son abundantes (Mar de las cañas, Moab, Jordán, Jericó). Los acontecimientos están narrados con más pormenores. Pero el período que abarca es el mismo: desde los patriarcas hasta el asentamiento en Canaán.

Sal 105: dedica mucha atención a José y a las plagas de Egipto, pero se ciñe a la misma época de los dos textos anteriores.

Sal 136: notamos dos detalles interesantes: se incluye la creación y no se menciona a los patriarcas.

Sal 78: ofrece dos ampliaciones. En primer lugar, no se limita a un recuento de los principales hechos salvíficos; va contraponiendo la bondad de Dios y la incredulidad de Israel. La confesión de la fe se une a la confesión de los pecados. En segundo lugar, se supera el período clásico para hablar también de la historia posterior (concretamente del santuario de Silo y de la elección de David: v. 59-72). Es un tímido intento de romper el esquema tradicional para seguir confesando la acción de Dios en tiempos más recientes. Como indicaré más adelante, pienso que este detalle es de gran importancia.

Neh 9, 6-37: aunque comienza con la creación y abarca hasta el destierro (v. 30s), el desarrollo principal se fija en el período clásico. Lo mismo ocurre en:

Judit 5,6-18: texto curioso en cuanto que la enumeración de los hechos salvíficos aparece en boca de Ajior, general de los ammonitas. Supera también el período clásico, pero muy de pasada, ya que sólo dedica dos versos (17s) a los acontecimientos de seiscientos años.

3. La presencia de Dios

Además de los temas anteriores —divinidad de Yahweh e historia de la salvación— hay momentos en los que el israelita confiesa la presencia de Dios en medio del pueblo. Es un tema que me parece poco estudiado, pero de gran importancia, sobre todo para nuestros días.

Hace poco hablábamos de la construcción de un altar por parte de las tribus transjordánicas (Jos 22). Los que hayan leído el relato saben que este hecho provocó un gran escándalo entre las demás tribus, ya que lo consideraban como un acto de apostasía; hasta el punto de que la asamblea reunida en Silo decidió declararles la guerra. Pero las explicaciones de los responsables de este hecho resultaron satisfactorias y se renovaron las relaciones de amistad. En este contexto, Finés, hijo del sacerdote Eleazar, pronuncia unas palabras muy interesantes: "*Ahora reconocemos que Yahweh está en medio de nosotros...*" (v. 31)..

Estas palabras pueden pasar desapercibidas, pero creo que contienen una auténtica confesión de fe, y afirma una de las verdades más importantes para Israel: la presencia de Dios entre el pueblo.

En Ex 33, Moisés considera que este es el detalle distintivo: "Si no vienes en persona, no nos hagas salir de aquí. Pues, ¿en qué se conocerá que yo y mi pueblo hemos obtenido tu favor, sino en el hecho de que vas con nosotros? Esto nos distinguirá a mí y a mi pueblo entre los demás que hay en la superficie de la tierra". Y la importancia del tema se confirma al ver que lo opuesto a la confesión de fe, la duda, se refiere precisamente a esta presencia de Dios: "Moisés llamó al lugar Masá y Meribá, porque habían reñido y ha-

bían tentado al Señor preguntando: ¿Está Yahweh en medio de nosotros?" (Ex 17,7).

Este tema, expresado con la imagen del "caminar delante", es típico del período del desierto, durante la marcha hacia la tierra prometida (Ex 13,21; Dt 1,30; 20, 4; 31,6.8), y también aparece en los relatos de la conquista (Jue 4,14). Pero la confesión más completa es la que encontramos en boca de Moisés durante uno de sus diálogos con Dios: "Los habitantes de este país se han enterado de que tú, Yahweh, estás en medio de este pueblo y te dejas ver cara a cara; de que tú, Yahweh, permaneces en tu Nube sobre ellos y caminas delante de ellos" (Núm. 14, 14).

La presencia de Dios desempeña asimismo un papel fundamental en el mensaje de Isaías durante la guerra siro-efraimitica, que podríamos sintetizar con el nombre del niño: Emmanuel (Dios con nosotros).

Si de los textos que hablan del pueblo pasamos a los que hacen referencia a la presencia de Dios en la vida de los individuos encontramos un material abundantísimo. Baste citar el caso de la "Historia de la subida de David al trono" (1 Sam 16 - 2 Sam 7), donde la confesión de este hecho en la boca de los más diversos personajes constituye un auténtico "leit-motiv" de la obra, como indica Weiser (23).

En mi opinión, la importancia de este tema radica en lo siguiente: vimos que los "credores históricos" fijaban un período clásico (patriarcal-Canaán), que casi nunca se superaba, y sólo en intentos muy tímidos. Durante esta época se admitía como algo indiscutible la presencia salvífica de Dios. Pero surge la pregunta: ¿es que Dios sólo salvó en el pasado? ¿sólo antiguamente estuvo presente entre

nosotros? Al confesar la presencia de Dios en momentos posteriores, tanto de la vida del pueblo como de los individuos, Israel reconoce que "la mano de Dios no es corta para salvar", que su obra continúa, que sigue marchando delante de ellos y viviendo entre el pueblo.

III. ALGUNAS CONCLUSIONES

A lo largo de este artículo hemos visto cómo confiesa Israel su fe (con palabras y obras) y cuáles son los principales contenidos de sus confesiones (divinidad de Yahweh, historia de la salvación, presencia actual de Dios). Pienso que todo esto contiene una enseñanza muy válida para los cristianos del siglo XX.

En primer lugar, estamos obligados a confesar nuestra fe en medio del mundo que nos rodea; no podemos limitarnos a recitar el credo en la misa dominical. Pero nuestro mundo está cansado de palabras y cada vez cree menos en las afirmaciones bonitas y en las hermosas teorías. Es un mundo pragmático y positivista, que sólo se deja impresionar por los resultados prácticos y la acción concreta. Imagino que Albert Schweitzer confesó muchas veces de palabra su fe en Dios y en la fraternidad universal. Pero lo que impresionó a nuestros contemporáneos no fueron sus palabras, sino el hecho de que este hombre, en un momento determinado, confesase silenciosamente su fe marchando al corazón de Africa para cuidar a los leprosos.

Es verdad que la fe corre peligro cuando no se confiesa con palabras; pero el mismo peligro, o mayor, corre cuando no se confiesa con obras; cuando nos convertimos en "papagayos de la tradición" (24), repitiendo cómodamen-

te las verdades aprendidas de pequeños, pero sin abandonar la jaula ni emprender el vuelo para ponerlas en práctica. Jeremías atacó durísimamente a los que confesaban con palabras la presencia de Dios en el templo ("es el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor": Jer 7,4), pero no cambiaban de conducta; para él, esto era "fiarse de palabras engañosas que no sirven para nada" (7,8). Y el evangelio de Mateo contiene una advertencia parecida: para entrar en el Reino no basta confesar con palabras que Cristo es el Señor; esta fe hay que confesarla también con las obras, haciendo la voluntad del Padre (cf. Mt 7,21).

Los contenidos de las confesiones de Israel se prestan asimismo a consideraciones interesantes. El primero de ellos, la divinidad de Yahweh, adquiere para nosotros el matiz concreto de confesar que "Cristo es el Señor". Se trata de una obligación imperiosa, ya que "todo el que se declare (homologései) por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante los hombres" (Mt 10,32). Me parece que "declararse por Cristo ante los hombres" no significa ante todo y sobre todo recitar la segunda sección del Credo o la fórmula de Calcedonia. Significa que, en medio de un mundo lleno de "dioses" (el dinero, la ciencia, la técnica, los poderes políticos, etc.), sólo a él lo reconocemos como el único Señor, sólo en él ponemos la esperanza de salvación. Para Israel confesar la divinidad de Yahweh supone renunciar a los ídolos, a las falsas seguridades que podía buscar en la vida. También nosotros estamos obligados a examinar las renunciaciones concretas que supone actualmente confesar que "Cristo es el Señor".

El segundo, la historia de la sal-

vación, ocupa un puesto en nuestro credo, pero muy limitado. Es verdad que recoge lo que podríamos llamar nuestro período clásico: la vida de Cristo. Pero resulta curioso que no se hayan hecho intentos, ni siquiera tímidos, por ampliar este esquema, pasando a la vida de la Iglesia. Es verdad que la historia de la salvación llegó a su culmen en Cristo; pero esto no significa que haya terminado. Porque Dios nos sigue librando día tras día, como individuos y como Iglesia. Desde el siglo I hasta ahora ha habido muchas opresiones de Egipto, muchos pasos del mar Rojo, muchas etapas de desierto, muchas cautividades de Babilonia. Me parece que los cristianos estamos obligados a confesar nuestra fe en esas salvaciones continuas de Dios. Y el ideal sería un texto que, como el salmo 78, uniese la confesión de las obras salvíficas de Dios con la confesión de nuestros propios pecados.

Este punto está muy relacionado con el último, el de la presencia de Dios. Cómo concebir y explicar esta presencia suya en el mundo y en la historia es un problema enormemente difícil, que se prestó a concepciones muy distintas, e in-

cluso opuestas, dentro del Antiguo Testamento (25). Pero lo que no podemos hacer es silenciarlo. Por ejemplo, resulta curioso —y triste— lo que se afirma del Espíritu Santo en el Credo: “y que habló por los profetas”. No soy un especialista en la materia, pero pienso que se refiere a los profetas anteriores a Cristo; al menos en ese sentido lo entiende la mayoría de los cristianos. Pero lo fundamental del Espíritu Santo no es que hablase por los profetas hace siglos, sino que sigue hablando continuamente en la Iglesia, dirigiéndola y animándola, porque es la forma en que Cristo resucitado se hace presente entre nosotros. He pensado muchas veces en su promesa de acompañarnos “todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20), y en sus palabras “donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Pero nunca he confesado expresamente mi fe en estas verdades. Y me parece un gran defecto.

Con todo lo anterior no pretendo introducir una revolución en el credo. Sólo deseo, como indiqué al principio, ampliar las perspectivas de nuestras confesiones de fe.

NOTAS

- (1) Cf. O. MICHEL: art. “homologéo” en: ThWNT, V, 198-220 y la bibliografía en él citada. Siento no haber podido consultar la obra de O. PROCKCH, *Das Bekenntnis im AT*, 1936.
- (2) Art. “Confession”, en *Dictionary of the Bible*, editado por J. Hasting. Edimburgo 1906. El subrayado de la cita es mío.
- (3) El tema es típico de los llamados “Salmos de Sión” (Sal 46; 48; 76; 84; 87; 122; 132). Para el punto concreto que tratamos, resulta secundario el que esta tradición sea de origen cananeo (como piensan numerosos autores) o davidico (como piensan otros, y ha defendido recientemente J. J. M. ROBERTS, *The Davidic Origin of the Zion Tradition*: JBL 92 (1973) 329-344).
- (4) *Teología del A. T.*, II, 202.
- (5) Hago esta afirmación basándome en el relato bíblico, no en la interpretación histórica más probable de este hecho. Históricamente el término “conquista” resulta bastante discutible; es preferible hablar de “asentimiento”, que incluiría momentos de lucha y momentos de penetración pacífica. La participación de las tribus de Rubén y de Gad en la conquista de Palestina la niegan numerosos autores; recientemente, R. de Vaux: “Ni Rubén ni Gad tomaron parte en la conquista de Canaán, al oeste del Jordán” (*Histoire ancienne d'Israël*, Paris 1971, I, 617).

- (6) El título del altar falta en el texto hebreo, pero podemos conjeturarlo, basándonos en la versión siríaca.
- (7) *The Religion of Ancient Israel*, Londres 1967, p. 86.
- (8) Aquí también es válido lo dicho en la nota 5. Es posible que Gedeón sólo contase desde el principio con esos trescientos soldados. Cfr. von RAD, *Der Anfang der Geschichtsschreibung im alten Israel*, en: *Gesammelte Studien zum AT*, 148-88, especialmente 156s.
- (9) Aunque el capítulo no conserva la tradición en su forma primitiva, ofrece un núcleo histórico al que, según Noth, pertenecen las palabras subrayadas (cf. *Das Zweite Buch Mose*, ATD 5, ad loc.).
- (10) El texto ofrece otro detalle interesante: en la redacción final, la confesión de fe de Jetro va precedida de una bendición y seguida de un sacrificio (v. 12). Se advierte una relación entre confesión de fe, alabanza y culto que encontramos también en otros pasajes.
- (11) El problema de la historicidad de Jos 2 es bastante complicado. En él se han fundido dos tradiciones: una, más profana, presenta la actividad de los espías, la connivencia de Rajab y la conquista militar de la ciudad; otra, de influjo cultural, presenta los acontecimientos como algo milagroso. Para algunos autores (Alt, Noth, Rudolph), ambas tradiciones carecen de valor histórico, son pura etiología. De Vaux, sin negar la etiología, postula la necesidad de un fundamento histórico; y en este fundamento histórico, la tradición primera, en la que interviene Rajab, es sin duda la más antigua y de mayor valor. Naturalmente, con esto no se soluciona el problema de la historicidad de las palabras de Rajab, que podría haber puesto en su boca el autor del relato o el redactor final de la obra histórica deuteronomista.
- (12) Con frecuencia se traduce este texto: "no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel". Pero lo que afirma Naamán es que sólo en Israel hay Dios (kî 'im beyisrael). Precisamente por eso necesita llevarse tierra de Israel para rendirle culto.
- (13) Sobre todo este capítulo cf. DE VAUX, *Histoire... I*, 610-4.
- (14) Las primeras confesiones de fe cristianas, en: *La fe y el culto en la Iglesia primitiva*, Studium, Madrid 1971, p. 63-122.
- (15) *Ueberlieferungsgeschichte des Pentateuch*, p. 52.
- (16) La antigüedad del canto de Débora es admitida por la inmensa mayoría de los autores. La de las bendiciones de Moisés es más discutida; cf. O. ETSSFELDT, *The Old Testament. An Introduction*, 227-9.
- (17) Con esto no quiero decir que sea justa la interpretación de von Rad y Noth sobre el origen independiente de la tradición del Sinaí.
- (18) Sobre el tema de la creación puede verse von Rad, *Teología del AT*, I, 184-188.
- (19) *Teología del AT*, I, 188.
- (20) Sobre los diversos temas cf. M. NOTH, *Ueberlieferungsgeschichte* 48-67.
- (21) VRIEZEN, por ejemplo, no lo considera adecuado. Cf. *The Religion of Ancient Israel*, 127.
- (22) Cf. L. ROST, *Das kleine geschichtliche Credo*, en: *Das kleine Credo und andere Studien zum AT*, Heidelberg 1965, 11-25.
- (23) A. WEISER, *Die Legitimation des Königs David. Zur Eigenart und Entstehung der sogenn. Geschichte von Davids Aufstieg*: VT 16 (1966) 325-54. La delimitación de la obra es muy discutida; sigo en este punto al mismo Weiser, aunque sus conclusiones contradicen a la obra clásica de Rost sobre la "Historia de la sucesión".
- (24) "Papagayo de Isaías" llama un autor, no recuerdo cuál, al profeta Ananías, que se enfrentó a Jeremías (Jer 28).
- (25) Baste pensar en las diferencias entre el modo de concebir la acción de Dios en la historia que existe en las sagas de héroes y en la historia de la sucesión al trono de David. Cf. el artículo de von Rad citado en nota 8.